

ban. Y á un Padre confidente suyo, ántes de saberse el compañero que le habia de caber en las misiones, dijo estas palabras: «Muchos años há que está en las misiones el P. Julio Pascual sin alcanzar la corona del martirio, que tanto ha deseado. Lo cierto es que hasta que yo vaya, no se le han de cumplir sus deseos.»

Casos todos con que parecia iba nuestro Señor preparando el ánimo de este su siervo para la muerte que le esperaba: á que se añadió, que habiendo partido de Tegueco y caminado al puesto señalado, recibió carta del bendito P. Julio Pascual, en que con vislumbres de lo que habia de suceder le escribió entre otras llenas de caridad y consuelo, del compañero que le llegaba estas palabras, que recibió cuatro días ántes de su llegada al partido: «Venga V. R. mi Padre, á ser compañero mio y mi consuelo para que por ahora, seamos compañeros en esta mision, hasta que Dios quiera lo seamos juntos en la bienaventuranza.»

Con esta carta se afervorizó más el ánimo del P. Manuel, y se le aumentaron los consuelos, de que le hubiera cabido en suerte compañero tan apostólico, como habia entendido era el P. Julio; y aún entendiendo que andaban algunos rumores de inquietud de aquellas gentes fieras, con grande ánimo prosiguió su camino y llegó al pueblo de Chinipa, donde fué recibido con grandes muestras de fiestas y de alegría.

Habiendo descansado tres ó cuatro días en Chinipa, se partiéron al pueblo de Varohios, donde les tenia Dios preparada la corona, para la cual se halló con tan generoso ánimo el bendito P. Manuel, que él fué el que, cuando llegaba la hora de ofrecer su vida por Cristo, dijo con grande fervor de ánimo: «No muramos aquí como tristes ni cobardes.» Y, aunque veia que en saliendo de la casa habia de venir á parar á las manos de aquellas fieras, salió juntamente con el santo compañero Julio Pascual; y, puesto de rodillas á su lado, recibió los millares de flechas que sobre él llovian, y las demas crueldades que ejecutaron aquellos bárbaros en sus santos cuerpos, igualando Dios en el triunfo á estos dichosos compañeros, y dando por recibidos los trabajos que deseó padecer el nuevo misionero P. Manuel Martinez, cuyo martirio sucedió solos diez días despues que llegó á su partido.

Tambien escribió la vida y martirio de este santo mártir el P. Andrés Perez en su *Historia de las Misiones de Cinaloa*, lib. 4.º, desde el cap. 1X.

P. NIEREMBERG.

P. PEDRO GRAVINA

ENTRESACÓ Dios para operario de su viña al religiosísimo P. Pedro Gravina, desde Italia, de donde era natural, á las remotas naciones de Cinaloa en los reinos de la Nueva España, para que por tiempo de casi treinta años se empleara en cultivar aquella gentilidad, y sembrar en ella, padeciendo inmensos trabajos, la semilla del santo Evangelio, que tanto ha florecido.

Entró ya Sacerdote en la Compañía, dando muy grandes muestras de la fervorosa vocacion con que le llamó nuestro Señor, y resignando totalmente su voluntad en la del Superior.

Echando de ver el Provincial la madura y aventajada virtud del novicio y que estaba tan bien fundada, que era como de quien hubiera vivido muchos años en la religion; con particular mocion del cielo, determinó enviarlo á las misiones de Cinaloa, con sólo un año de noviciado; accion no usada en la Compañía que, despues de dos años de noviciado, suele hacer otras muchas pruebas de sus sujetos, y más para emplearlos en misiones. Pero aquí disponia y obraba Dios, y bien lo confirmó la experiencia y el suceso.

Salió el novicio á ejecutar su obediencia con grande alegría de su corazón y con deseo de emplear toda su vida en doctrinar pobres indios, como lo hizo.

Cuando llegó á las misiones, le pusieron los Superiores por compañero de un Padre que administraba el partido de S. Gregorio de la Sierra que, viéndole novicio, y él por otra parte era religioso de rígida observancia, quiso probarle y experimentar el caudal de virtud, para el empleo á que venia señalado, ocupándolo en los ejercicios más humildes que se ofrecian en casa y fuera de ella, á que acudia el buen Padre novicio con grandes muestras de alegría, presteza y prontitud, añadiéndosele las reprensiones y advertencias que se podian dar al más humilde de un noviciado, las cuales llevaba con grande serenidad de ánimo, sin género de sentimiento y con grande edificacion de todos los que le veian tan rendido y humilde.

Pasó ese tiempo, y encargáronle los Superiores la doctrina de los jiximes, de cuyos caminos ásperos, tierras, montes, quebradas y rios es bien notorio en aquella tierra; por los cuales anduvo caminando y peregrinando casi continuamente; porque el fervor de este siervo de Dios en ayudar los próji-

mos fué increíble, no perdonando á trabajo ni rehusando dificultad alguna en orden á llevarlos al cielo, y con esto se dicen por mayor y en general los trabajos que padeció y sufrió por Dios y sus hermanos este ministro evangélico.

Para mejor ayudarlos aprendió tantas lenguas, cuantas hubo menester para poder repartir el pan de la palabra divina á los que tenia á su cargo. La castellana, porque de Italia llegó muy ignorante de ella, y la habia menester para los españoles de los reales de minas; la mejicana para los indios que trabajaban en ellas, y otras dos lenguas de las naciones que doctrinó de asiento, que fueron la acasee y jixime, y estas dos últimas con tanta elegancia, que las sabia mejor que muchos de los mismos naturales, y de estas dos compuso de la primera un arte muy perfecto y un vocabulario de la última, por el cual se han gobernado los que despues han entrado á doctrinar estas gentes.

Y aunque el padecer tantas incomodidades y trabajos de caminos tan ásperos y dificultosos, en tan continúa peregrinacion de tierra tan destituida y pobre de sustento, caminando en continuos peligros de la salud y la vida, sujeto á rigurosísimos calores en unas partes, y en otras nieves y frios, era equivalente á las penitencias más rigurosas de los desiertos; con todo, el Padre las aumentaba con sus disciplinas y cilicios, que eran continuos, y el dormir sobre una tabla ó cuero de vaca, y cuando llegaba á paraje donde habia españoles que le forzaban á que descansase en cama, aunque le admitia por disimular su mortificacion, pero no la usaba, sino la dejaba sin tocar á ella.

Fué notablemente austero en su comida, porque su ordinario sustento era maíz tostado y el potaje, yerba y manjares groseros y pobres de los indios. Si algunas veces comió carne ó pescado, era en ocasion de concurso, y forzosa para evitar la nota y acomodarse á sus hermanos; y aunque su vida era un perpétuo ayuno, ese lo guardaba con particular rigor el Adviento y Cuaresma, sábados y vísperas de festividades de la Virgen Santísima, con quien y con el Santísimo Sacramento tuvo muy regalada devocion; y cuando en ese tiempo se hacian las juntas á que concurren todos los Padres de la mision, habia de oír primero todas sus Misas y él se quedaba para la última.

En los caminos, con achaque de que se cansaba la mula, se apeaba de ella y caminaba á pié, yendo los indios que le acompañaban á caballo, y echaban de ver que á trechos se paraba, é, hincado de rodillas, hacia oracion.

Los ratos que caminaba á mula, afirmaron los indios y algunos soldados que le acompañaron, que iba con los ojos levantados al cielo, puesto el corazon en Dios y en contemplacion, de suerte que dejaba ir la cabalgadura por

donde le queria llevar, á cuya causa andaba de ordinario el rostro acardenalado y herido de las ramas y espinos en que topaba; y aunque le avisaban que fuese con cuidado con la mula en caminos tan ásperos, y cuevas tan agrias y de tantos peligros de despeñaderos, y que algun dia habia de perder la vida en alguno de ellos; el grande fervor que ardía en su corazon, no le daba lugar á atender á esto, y Dios tomaba por su cuenta el guiarle y librarle de tantos peligros, como luego se dirá.

Fué el santo ejercicio de la oracion y trato con Dios grande y continuo en el P. Pedro Gravina, y al modo que Cristo nuestro Señor y su Apóstol S. Pablo nos lo encargan: no se contentaba con el tiempo que tenia establecido cada dia por su regla para la oracion, sino que todò el dia y la noche deseaba proseguir en ella, y cuando le impedian tenerla retirada los indios ú otros seculares que le buscaban y venian á tratar con él de sus causas, porque era el refugio de todos en sus aficciones; en concluyendo con esa accion de caridad, á que, por serlo, no se negaba, luego la llama del corazon subia á su esfera y se iba á su Dios, con quien trataba las causas de sus prójimos y la suya propia.

Casi toda la noche la pasaba en vela, orando, sin desnudarse ni acostarse, sino de rodillas, hasta que el sueño le vencía, y entónces con sentimiento y tristeza de que le venciese esa necesidad de la naturaleza, se arrojaba en el suelo, y habiendo quebrantado un poco el sueño, que tenia por enemigo, se volvía á su oracion.

A quien en su trato era tan familiar con Dios, fuente de todas las virtudes, claro es que no le faltarian las demas, y esas en grado muy aventajado, como el celo de la salvacion de los prójimos, obras y ejercicios de caridad con ellos, paciencia y humildad, con las demas que se hallan en varones apostólicos aunque no estén retirados en los desiertos; y así no me detengo en ejemplos particulares de estas virtudes, por pasar á los casos raros y maravillosos con que nuestro Señor le favoreció en sus caminos y pasos evangélicos, que fué el empleo principal de su vida, y de que hubo testigos que lo afirmaron, con que todos reconocian en este insigne varon una admirable virtud, no llamándole con otro nombre sino el del santo P. Pedro.

El capitan Bartolomé Suarez, que lo era del presidio de soldados para la paz y quietud de aquellas varias naciones, caudillo de grande valor y prudencia en las armas, que ayudó grandemente á la cristiandad de aquellas gentes, tenia su presidio pocas leguas distante del partido del P. Gravina, y así se trataron por muchos años con mucha amistad, á que añadia el capitan una grande estimacion de la santidad de este apostólico varon; y más despues que sucedió el caso siguiente con otros semejantes.

Una vez entre otras, fué el P. Gravina á visitar los soldados de este presidio, como lo solia hacer, para ejercitar con ellos los ministerios de su caridad. Hospedóse en casa del capitan, y recogióse una noche á su aposento muy cercano al del capitan, que era soltero, estaban unos muchachos sus criados en una saleta afuera; á deshora oyó á los muchachos que daban voces diciendo: «Que se quema el aposento del P. Pedro,» y turbados con la novedad del caso, acometió uno de ellos á entrar dentro, y echó de ver que la grande luz y claridad que todos veian no era de fuego, sino que salía del Padre que estaba de rodillas orando y levantado en alto del suelo, lo cual le fueron á decir al capitan, y él no quiso estorbarlo, porque no se le hizo nuevo, segun el concepto que hacia de la santidad del Padre, que tenia muy experimentada.

Refirió el mismo capitan otro suceso no ménos raro, y fué, que saliendo á campaña por orden del gobernador de la Nueva Vizcaya, al castigo de la nacion Tepeguana; para tener buen suceso en esta faccion, se quiso valer de la ayuda de su buen amigo el santo Pedro, como él decia; pidióle el socorro de sus oraciones, que le valdrian tanto y más que los pocos soldados que tenia aquel presidio, partió con ellos, y llegando al pueblo llamado Tenerapa, donde estaban congregadas varias naciones de indios, para dar desde allí sobre la ciudad de Guadiana y asolarla; acometiendo con el primer asalto á los enemigos, vióse el capitan y toda su gente en grande riesgo y peligro de perderse, porque los enemigos eran en mucho mayor número, y de indios muy belicosos: peleaban los dos campos desde la madrugada hasta las cuatro de la tarde, embistiendo como olas los unos con los otros sin reconocerse ventajas, y nuestro campo llegó á verse en una extremada apretura.

Temiendo ya el capitan ser desbaratado, se acordó, como él decia, de la respuesta que le habia dado el santo P. Pedro, la cual habia sido, que fuese confiado en Dios, que alcanzaria victoria, y, que mientras volvía con ella, le prometia no cesar con sus oraciones y disciplinas todos los dias por su buen suceso. Al tiempo que le vino á la memoria al capitan esa promesa, y juntamente se veia tan apretado, alzó la sobrevista de cota de malla, para clamar al cielo, como él decia, y pedir su ayuda contra gente tan pérfida y bárbara; y Dios fué el que le movió á alzar la sobrevista, accion no necesaria para pedir el socorro divino, y por otra parte tan peligrosa, cuando llovian flechas de los enemigos por el aire; y parece que fué para mostrarle á sus ojos lo que su siervo Pedro le ayudaba en aquel conflicto. Porque al punto que alzó la sobrevista, vió en aquel campo la misma figura del P. Pedro Gravina, no sólo alzando las manos al cielo, como Moisés, mas arrodillado con un Cristo

enarbolado en la una mano y en la otra una disciplina con que se estaba azotando.

Tuvo el capitan esta por señal cierta de su victoria, y cerrando la visera, con valor grande dió voces á sus soldados, repitiendo: «Ea, que la victoria es nuestra, la victoria es nuestra,» y animando á su gente con estas voces, acometieron á los enemigos con nuevos bríos, y desde aquel punto los fueron apretando de suerte, que los destrozó, cogiendo buena presa de gente y el bagaje que tenian recogido de las estancias y haciendas destruidas de los españoles, y entró con la presa triunfante en Guadiana á tiempo que estaba temiendo su ruina.

Volvió el capitan Suarez á su presidio, visitó á su benefactor y ayudador el P. Gravina, y con disimulacion de lo que le habia pasado y visto por sus ojos, le dijo si habia cumplido la promesa de ayudarle con sus oraciones; y respondiendo el Padre que sí lo habia hecho, entónces el capitan le descubrió el caso que le habia pasado, con que el humilde Padre con encarecimiento le rogó que no lo publicase ni dijese á nadie; pero el capitan tenia tanta estima de la santidad del Padre, tan á la larga experimentada, que ni la podia callar, ni dejar de valerse de ella en todas ocasiones.

Tenia asimismo este capitan en su casa y servicio una india llamada Mencia que, apretada de enfermedad grave, caminaba á la muerte. Despachó á toda prisa quien llamase al P. Pedro, distante quince leguas, en el pueblo de Basis. Habiendo oido el Padre el recaudo, se partió con la diligencia y presteza que él solia usar en casos semejantes. Llegó y halló tan acabada la enferma, que habia doce horas que tenia perdida la habla. Afligióse grandemente el caritativo ministro de ver que no habia orden de poderla confesar, dábale voces y gritos, y no respondia. Determinó en esta ocasion de darlas á Dios con palabras y obras, y dijo á los presentes se salieran fuera y le dejasen allí solo con la enferma que se estaba muriendo. Obedecieronle, y á muy breve espacio oyeron que se estaba azotando, y que á ratos interpolaba los golpes de la disciplina, pareciendo estaba en oracion. Pasado algun espacio, llamó á la gente, y en presencia de muchas personas llamó por su nombre á la enferma, á que ella respondió: «Padre.» Replicó el apóstólico varon: «¿Hija, quieres confesarte?» Respondió la enferma que sí, y luego, confesándose y habiéndola absuelto, murió allí en sus manos; que parece le habia guardado Dios para manifestar lo que valian las oraciones de su caritativo siervo.

Un alférez llamado Jerónimo de Acosta, que conocia al P. Pedro Gravina por tiempo de veinte y siete años en aquellas misiones, afirmó que, estando de escolta con el bendito mártir de Cristo P. Hernando de Santaren, le dijo estas palabras del P. Pedro, á quien tuvo por compañero: «Señor Jerónimo

de Acosta, reverencie mucho á este P. Pedro, porque el Espíritu Santo habita en su alma, y sea prueba de esto, que una noche de estas levantándome á deshora, viendo luz en su aposento, pensando era de alguna candela, llamé á un indiezuelo, llamado Juan Gamuca, para que llevase una vela y me la encendiese de la que el Padre tenia; cuando llegó el muchacho, no halló luz, y lo despidió el Padre, diciendo: «Anda, que no tengo luz.» Habiéndolo despedido, volvió á cerrar su puerta, y yo á ver la luz que ántes habia visto; fuí á la mañana á visitarlo, y eché de ver claramente por la candela que de parte de noche le habian llevado, que no era luz de ella la que habia parecido aquella noche, sino luz del cielo con que Dios ilustraba la oracion de este su siervo.

No sólo los vivos acudian á valerse de ella, sino tambien los difuntos. Estando una mujer española de aquella tierra, llamada Catalina Gonzalez, en el pueblo de Santa María Utais, una noche á deshora, desvelada por causa de enfermedad grave que padecia, y encomendándose á Dios; vió entrar por el aposento un bulto, que le pareció era un hombre conocido en su casa, á quien dijo la enferma que se fuese á acostar, que á qué propósito entraba allí á aquella hora. Retiróse con esto el bulto, y volviendo más en sí la enferma, y desconociendo aquella accion, comenzó á temer y dar voces, diciéndole llamasen al P. Pedro que estaba en aquel pueblo. Llegado el Padre á la enferma afligida, con sosiego le dijo: «No tema, que el que vino es fulano,» nombrándolo por su nombre, y hombre que habia poco tiempo era muerto, y venia á pedir socorro de oraciones, y añadió el Padre: «Ruegue á Dios por él, que yo estoy haciendo lo mismo, con que quedó sosegada la enferma.»

Si fueron demostraciones maravillosas con las que nuestro Señor favorecía y declaraba el valor de la fervorosa oracion de este su siervo, no fueron menos en número ni menos maravillosas las con que le amparó y libró de muchos peligros de caminos, á que él no perdonaba, y le eran frecuentes en la horrible aspereza de aquellas serranías quebradas y rios que atravesaba, y se admiraban de verle salir de ellos con vida, y lo atribuian á milagro.

Atravesando este fervoroso ministro del Evangelio del puesto que llaman Banome al pueblo de S. Gregorio, por sierra asperísima, y llegando á un terrible despeñadero y paso de profundidad tremenda; al quererlo pasar, se levantó en dos pies la mula en que iba, y dando una vuelta en redondo, sacó al Padre de la silla y lo dejó colgado de un estribo: colgado de él, dió otra vuelta la mula en el aire, y lo arrojó de la otra parte del despeñadero en salvo, y cortándose la accion, como si la cortaran con un cuchillo, quedó el Padre sin lesion ninguna, caso que refirieron testigos de vista al alférez Jerónimo de Acosta.

El mismo alférez refiere que, habiendo de hacer este admirable Padre viaje del pueblo de Coapa, y disponiéndose para caminar, acaso se llegó á una mula que, tirándole dos coces, dió con él en tierra. Entendieron los que se hallaron presentes, que lo habia muerto, y llegando á favorecerlo y curarlo, se levantó, diciendo: «No es menester remedio alguno, que no ha sido nada, gracias á Dios.»

Llamáronle otra vez á deshora de la noche, para ir á otro pueblo á una confesion: hizo que uno de los indios que le acompañaban recogiese las mulas en que habian de ir, y con la prisa que el Padre acudia en estas ocasiones, el indio sin entender lo que hacia con la oscuridad de la noche, echó mano de una mula cerrera y por domar, que habia entre las demas, pensando que echaba la silla á otra que estaba acostumbrada á ella. Dejóse la cerrera echar la silla y enfrenar, estando queda, cosa muy extraordinaria y que tienen bien experimentada los domadores, y el peligro á que se ponen en sujetarla y subir en ella: estando ensillada y quieta la mula, subió en ella el santo P. Pedro, y fué á la confesion y volvió en ella, como si hubiera caminado en una cabalgadura muy mansa; pero cuando volvió á quitarle la silla y el freno, comenzó á corcovear y arrancó con él, sin dar lugar á que se lo quitaran. Habiendo amanecido, hizo el Padre que recogiesen las mulas para sacarle el freno á la que habia huido con él. Entónces echaron de ver, que en la que habia caminado con tanta seguridad el P. Gravina, era la cerrera, y quedaron admirados y dando gracias á Dios de caso tan desusado y raro.

Semejante fué el que contaba un soldado llamado Francisco de la Bria, que estando en el presidio de S. Hipólito, y saliendo de allí el Padre para uno de sus pueblos, la mula en que habia de subir era muy briosa, y el soldado por quebrantarla, quiso primero pasearla, porque el Padre no se viera en algun peligro; que todos le amaban y deseaban su vida. Subió en ella, y la mula tiró tantos corcovos, que arrojó de sí al que iba en ella, y dió con él en tierra, quedando lastimado de la caída, y la mula muy alborotada. Entónces acercándose el Padre, dijo: «Tened, déjenmela coger, que es mansa como una oveja;» y para el siervo de Dios lo fué; porque, estándose quieta, subió en ella, é hizo su viaje sin riesgo alguno.

Refiérense aquí estos casos, por ser muestras de la particular providencia de nuestro Señor en amparar y guardar de los peligros en que andaba por su amor este su siervo, y como los peligros eran tan continuos, tambien lo era la misericordia divina en guardarle en ellos, y todos tenian que contar.

Otro soldado llamado Sebastian Gomez, refiere que, caminando con el P. Pedro Gravina de noche al pueblo de Basis, llegaron á un paso llamado el Portezuelo, tan dificultoso de pasar, que el siervo de Dios, apeándose de

la mula, lo quiso pasar á pié, y con todo tropezó y cayó. El soldado por detener la mula que habia quedado suelta, la siguió, y ella huyendo ántes que el Padre se levantara del suelo, le puso un pié sobre el cuello, y de suerte que lo ahogaba. Apeóse el soldado, tiró de la mula que se estaba quedando ahogando al Padre, apartóla, y el P. Pedro se levantó sin lesion alguna: caso que por milagroso lo contaba el soldado.

No fueron sólo en esta materia los favores que Dios hacia al P. Pedro Gravina, porque tambien parece que lo ilustró con el don de profecía en casos de ministerios santos, que para bien y consuelo de las almas le pasaban.

Una mujer española, llamada Catalina Gonzalez, llegó afligida al Padre, porque todos en sus penas para salir de ellas le buscaban. Contóle la que tenia con disgustos que pasaba con un yerno suyo, el cual queria ausentarse de la tierra, cosa que les haria mucha falta á mujer y suegra. Consolóla el Padre con solas estas palabras: «No se ha de ir su yerno, sino que nuestro Señor ejercita á Vm. con estos trabajos; despues ha de tener grande paz con él. El P. lo dijo, y Dios lo cumplió.

Desconsolábanse sus indios, viendo que por acudir su Padre espiritual á tantos pueblos, les hacia ausencias; él los consoló, diciéndoles (cuando no se sabia) que vendría un compañero Padre mozo, que habia de aprender su lengua y los habia de amar como él. Pasado tiempo, llegó el Padre cual lo habia pintado el siervo de Dios, y estando un dia estudiando la lengua por el Arte que habia compuesto el P. Gravina, llegaron los indios y le dijeron: «En ti, Padre, vemos las señas que nos decia nuestro Padre que habia de tener el que habia de venir á ayudarnos.»

Ibase despoblado un real de minas, que llaman de Guapixuje, de que tenian sentimiento algunas personas. Dijoles el Padre: «No se ha de despoblar, que se ha de hallar gran tesoro en ese puesto, pero habrá grandes pleitos sobre él.» Y así sucedió despues de la muerte de este venerable Padre.

Esta se le ocasionó de un dolor de costado que se le recreció de los continuos trabajos y caminos en que andaba á todos los tiempos y horas de necesidad de visitar sus pueblos, y Dios le queria ya sacar de ellos y premiar tantos trabajos pasados por su amor.

Caminando por un paraje cerca de la noche, cayó en un rio, y pasóla toda con el vestido mojado: llegado á uno de sus pueblos, llamado Yamoriba, le apretó la enfermedad de dolor de costado, y entendiendo que se le llegaba el dia de su dichoso tránsito, se previno recibiendo los Sacramentos.

Despachó á quien le trujese un Crucifijo, que él tenia de su devoción en otro pueblo de Santa María Utais: ántes que llegase el que lo traía, dijo á los circunstantes que saliesen á recibir el santo Cristo, que ya llegaba al pueblo;

y el Señor, con quien tantas veces se habia abrazado, le debió de dar la nueva de que ya venia á hallarse á su muerte y favorecerle en ella. En llegando, se lo pusieron en las manos, y con dulces coloquios entregó su alma en las de Dios, que para tanta gloria suya la habia criado. Varon santo y apostólico, y que no tenia otro nombre, ni le llamaban con otro por aquella tierra y hasta la provincia de Guadiana, sino el santo P. Pedro, á quien se encomendaban en sus oraciones los que vivian muy léjos; y cuando murió, por su devoción particular, procuraban algunas reliquias suyas.

Su cuerpo se llevó á enterrar á la iglesia de Santa María de Utais, aunque estaba distante dos jornadas y media del pueblo donde murió, habiéndolo pedido así el santo Padre, por la grande devoción que siempre tuvo á aquella iglesia que edificó y dedicó á la Santísima Virgen, donde descansa.

Fué su muerte á los 15 de enero del año de 1635, de sesenta de edad y de religion treinta, de los cuales uno solo gastó en el noviciado y los veinte y nueve en las misiones. El grado que tuvo en la Compañía fué de profeso de tres votos solemnes. Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Andrés Perez en las misiones de Cinaloa.

P. NIEREMBERG.

P. JUAN DE LEDESMA

NACIÓ en la ciudad de Méjico el P. Juan de Ledesma, de padres nobles y conocidos en ella, y, lo que es de mayores ventajas, personas de tanta piedad y virtud, que las iglesias y pobres que gozaron de su liberalidad y limosnas, son testigos de ella.

Entró en la Compañía de quince años de edad, y desde ese tiempo dió raro ejemplo de virtud, y siempre fué creciendo con muchos aumentos en ella. Siendo novicio tuvo por maestro al señalado varon de espíritu P. Gregorio Lopez, que despues pasó á fundar y gobernar la provincia de Filipinas, y decia del H. Juan que era modelo de perfecto novicio.

Cuando pasó á sus estudios, en ellos creció el resplandor de sus virtudes y de un estudiante cual en letras, modestia, devoción y diligencia lo piden las reglas de la Compañía, medios por los cuales salió aventajado filósofo y teólogo, dando muestras de ello en todos los ejercicios literarios de conclusio-